

## CONTESTACION

AL ANTERIOR DISCURSO, LEÍDA POR EL SEÑOR DOCTOR  
R. M. CARRASQUILLA, DIRECTOR DE LA ACADEMIA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si yo fuera pagano, y creyente en la diosa Fortuna, tendría esta fecha como fausta, y la anotaría con una piedrecilla blanca. Pero como soy cristiano, por la gracia de Dios, se las doy muy rendidas porque me ha tocado la honra de recibir en la Academia Colombiana al señor don Hernando Holguín y Caro y contestarle el discurso. Al hacerlo, lleno una obligación; lo que prueba que no siempre el cumplimiento del deber es amargo: en esta vez, como en otras muchas de mi vida, me ha resultado dulce; porque lo es pregonar los méritos del amigo y tener unido á nosotros por el vínculo de compañero al que ya lo estaba por lazos de sólida estimación y de cordial cariño.

Al ver á don Hernando en este recinto, aun antes de escuchar el magistral discurso con que acaba de regalarnos, todos evocamos la memoria de don Carlos Holguín, padre de nuestro nuevo colega y predecesor suyo en el sillón académico.

No quiero añadir cosa alguna al elogio que acabáis de escuchar, colorido por las memorias de la infancia y encendido por la piedad filial. Profanación sería retocar con torpes brochazos el delicado diseño trazado por mano de artista. Consentiréis en que me limite hoy, ya que otras veces he ensayado el panegírico de aquel varón egregio, á ciertos recuerdos personales que servirán para narraros los principios del compañero que estamos recibiendo.

Aprendí á admirar desde mi niñez á don Carlos Holguín. Leía yo en los periódicos sus briosos escritos polí-

ricos, rebosantes de calor, ágiles y ligeros en la forma, macizos y preñados de pensamiento en el fondo, sazonados de ironías decorosas, de cultísimo gracejo, estocadas de antiguo caballero en gentil torneo, que ponían al adversario fuéra de combate, sin darle muerte ni causarle herida de peligro.

Al propio tiempo, conocía yo de vista al autor de los hechiceros artículos; y—caso que se cumple raras veces—el escritor y el hombre formaban armónico concierto y se fundían el uno en el otro. En aquella época de la vida en que se pasa de la juventud á la edad madura, era apuesto de cuerpo, garboso en el andar, nervioso pero lleno de gracia en los movimientos, penetrante en las miradas. Hombre nacido para la lucha, que no le dejó treguas hasta el día de su muerte, debía de ser, pensaba yo, tan urbano y blando en su trato como acerado en sus contiendas políticas; porque le veía de paseo con Salvador Camacho Roldán y Aníbal Galindo, con Teodoro Valenzuela y Francisco Eustaquio Alvarez, con el mismo aire de intimidación con que andaba con Caro y con Vergara, con Mallarino y Arboleda.

Por aquella época contrajo matrimonio con la hija de José Eusebio Caro, el poeta solitario que formó las delicias de mi juventud, y que aún leo sin cansancio en la tarde de mi vida. No es lícito hablar en público de una dama cristiana y menos de una bogotana. Son ellas como ciertas flores de elegantísima corola, discretos y bien combinados colores, suave aroma, me lo ocultas entre el follaje y que no se atreve uno á contemplar sino á respetuosa distancia.

Iba olvidando contaros que, años antes, oí al señor Holguín en el Congreso. Nos escapábamos los muchachos á la salida del colegio y nos íbamos á la barra de la Cámara. Poco entendía yo de los asuntos que trataban aquellos caballeros, que se me antojaban á mí seres superiores al resto de la humanidad y como caídos de las nubes, ni

me podía hacer cargo completo de los argumentos de Holguín; pero aquella gentil apostura, los cabellos rojos, el poblado bigote, la chibera á modo de Napoleón III; y el acento, alto, agudo como clarín de guerra, y el correr de la dicción como torrente desatado, y las burlas hirientes, y las respuestas rápidas, inesperadas, contundentes á las interrupciones de los adversarios, todo ello me enloquecía; y palmoteaba yo, uniéndome á los demás rapaces que me rodeaban. Entonces éramos de la oposición, como dicen ahora con afrancesado vocablo, y nos figurábamos, en nuestro infantil candor, que al aplaudir estábamos ayudando eficazmente á la salvación de la patria.

Por los años de 1880, había empezado yo á emborronar cuartillas y á darme el contento de ver lo escrito reproducido con mi firma en los periódicos, gusto que he pagado con las setenas cuando ya hombre he leído aquello, que entonces me parecía pasable cuando menos. Con esta ocasión, ó con la de ser yo hijo de Ricardo Carrasquilla, es lo cierto que don Carlos Holguín me invitó á una tertulia literaria en su casa. Imaginad, señores, ¡qué suceso aquel para mí! Allí encontré la flor y nata de los hombres de letras residentes en la capital; y con ser ellos quienes eran, el dueño de casa me pareció llevarse el cetro de la cultura y el ingenio. Porque aquel literato y prosador de primera línea, aquel príncipe de la oratoria, poseía, en grado excelso, el arte de la conversación, arte que parece fácil, pero que en realidad supone las dotes más refinadas del entendimiento y el corazón: talento, agilidad mental, atención sostenida, dominio de sí propio, conocimiento de los demás, benevolencia inagotable, memoria rica y pronta.

Quiero, al tratarse de Carlos Holguín, fijarme en las dos últimas calidades apuntadas, añadiendo á lo mucho y bueno que ha dicho sobre ellas don Hernando, el fruto de mi personal observación. Más todavía que benévolo, condición de su familia entera, era don Carlos optimista hasta

la candidez al juzgar y apreciar los hombres. Le oí calificar de repúblicos eminentes, hacendistas consumados, rayos de la guerra, á personajes, buenos sí, pero que tal vez no fatigarán con sus hechos los patrios anales. Esta condición le ganó á Holguín innumerables y fervientes amigos, y le fue también ocasión de tropiezos en su carrera pública y de sinsabores y amarguras del alma. Me parece con todo que vale más, aun para esta vida, pecar por exceso de bondad que por exagerada suspicacia.

La memoria de don Carlos Holguín era pasmosa. Se había educado en el Colegio de San Bartolomé con los padres jesuitas, quienes hicieron de aquel su discípulo un perfecto letrado, diría un español; un *scholar*, proferiría un anglómano. Pues bien, bastaba citarle á Holguín cualquier verso clásico latino, castellano, francés, italiano ó inglés, para que él concluyera sin vacilar la composición entera. He leído en San Agustín que la memoria tiene una multitud de compartimientos distintos, en ocasiones independientes los unos de los otros. Don Carlos tenía igualmente llenos todos aquellos cajoncillos; y recordaba con idéntica precisión nombres, fechas, acontecimientos, frases, rostros y metales de voz, desmintiendo aquella regla, de origen popular, de que los hombres de excelente memoria no son los más inteligentes y pensadores. Don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Miguel Antonio Caro, son otros dos ejemplos que contradicen el aforismo aquel, no confirmado en mi larga vida de maestro de escuela.

Pero volvamos á la tertulia literaria á que me convidaron. A la hora de merendar—entonces los bogotanos comíamos temprano—entró al comedor un niño de rubia y rizada cabellera, ojos vivaces y rosadas mejillas. Su padre lo sentó á la cabecera de la mesa y le ordenó que la bendijera. Recitó el chicuelo, con desenfado perfectísimo y con sencilla gravedad, las preces tradicionales entre cristianos, y ocupó su asiento después de que le ataron una servilleta al rededor del cuello. Aquella noche conocí al

académico que se acaba de recibir, á quien calificué mentalmente de *niño entre los doctores*, pues la mayor parte de los concurrentes lo eran, y los que nó, con una sola excepción, eran doctos y doctísimos. Como casi todos tenían además el título de académicos de la Colombiana, resulta que el señor don Hernando Holguín y Caro está habitado desde niño á ocupar puesto de honor entre nosotros.

De allí á poco, don Carlos partió á desempeñar la legación de Colombia ante los reyes de Inglaterra y España. Que en una y otra nación se portó airoosamente y dejó bien puesto el nombre patrio, es sabido de todos.

Regresó á Bogotá, verificada aquí en su ausencia una honda transformación política que él había ayudado á preparar con sagacidad y constancia, y llegó para ceñirse la banda de presidente de la República. Entonces fui por segunda vez á su casa, con ocasión de que me llamó para confiarme el Colegio del Rosario. Y seguí yendo porque allí me colmaban de atenciones y cariño. Yo pagaba, y pagué después en las horas negras en que los amigos, en su mayor parte, se evaporaron, con lo que recompensan los pequeños: con fidelidad absoluta. No lo digo por vanagloriarme: entiendo que la ingratitude es vicio muy feo; pero me cuesta trabajo creer que la correspondencia al beneficio ó al afecto sea virtud; así como comprendo que el suicidio es crimen, pero no veo el mérito grande que haya en amar y conservar la vida.

De aquella época data mi amistad con don Hernando. Jamás á nuestra dulce intimidad ha sido obstáculo la diferencia de los años. Cuando él iba entrando á la juventud, estaba yo despidiéndome de ella; y ahora, cuando él pisa el umbral de la edad madura, se me está blanqueando la cabeza. El cuadro de nuestra amistad, para que nada haya cumplido en este mundo, tiene el defecto de algunos retratos pintados dos siglos há en Santafé: carece de sombras.

Nuestro nuevo colega vino al mundo con una grave responsabilidad encima: la de sus dos apellidos ilustres; pero Dios, que da la llaga y da la medicina, le otorgó, junto con los dos nombres que había de llevar, las cualidades de una y otra estirpe esclarecida.

Para hablar como es debido de la augusta dinastía intelectual de los Caros, sería preciso tiempo y espacio, de que carezco en esta breve respuesta. A José Eusebio, el más ilustre, por línea materna, entre los ascendientes de don Hernando Holguín, lo llamé poeta solitario, porque no se afilió á ninguno de los partidos literarios de su época ni fundó escuela; no le conozco modelo ni imitadores. Ciertamente que su ilustre hijo don Miguel Antonio nos ha referido que Caro tomó, al principio de su carrera poética, por ejemplar y dechado á Martínez de la Rosa. Mas es cierto también que la copia no conserva huella de las facciones del original.

Todo en Caro era propio, todo suyo.

El, como el sol, se iluminaba él mismo,

ha dicho Rafael Pombo, el hombre más digno de juzgar al gran poeta, porque es el que más se le parece, aunque sin imitarlo, ni poderse llamar su discípulo. Tienen de común el subordinar la forma poética al pensamiento que vive y palpita en cada estrofa, en cada verso; el haber tomado mucho, en lo interno y en lo exterior también, de la mina riquísima de la poesía inglesa. Por lo demás, son dos genios soberanos, originales y solos; dos monarcas que imperan en reinos no fronterizos; dos águilas que trazan círculos inmensos en diferentes regiones del mundo de la luz.

Como en José Eusebio Caro el hombre y el vate son inseparables, al apellidarle poeta solitario se entiende que aplico al personaje el propio calificativo. Y este es rasgo de toda la familia, y el estudiarlo servirá para lo que diré adelante sobre el carácter de don Hernando Holguín. El distintivo de los Caros—y he conocido tres generaciones

de ellos—es el de muchas gentes superiores, la anglosajona, verbigracia: el bastarse á sí mismos. Cada uno de ellos vive más contento en su propia compañía que en el trato y sociedad de los demás. Tienen el hábito innato de pensar y juzgar con firmeza de convicción, aun antes de conocer el parecer ajeno. El desprecio por las riquezas, que esclavizan al hombre, ha sido tradicional entre ellos; no buscan el aplauso de la multitud, no trepidan

ante los vanos ídolos del miedo.

El vulgo, que no ve sino apariencias, ha atribuído semejante modo de ser, en unos Caros á cortedad de genio, en otros, á humildad cristiana, en otros, á soberbia. No hay allí sino el carácter, la fisonomía del alma de una raza, la tela preciosa sobre la cual se pueden bordar los más variados dibujos. No piense nadie que en los Caros la soledad nazca de egoísmo ó lo produzca. Oh! nadie se ha sacrificado como ellos por ideales que creían benéficos á la patria, á la humanidad. Viven para los demás, les inmolan todo cuanto poseen, la vida misma; pero no los preocupa tener mayor ó menor número de colaboradores en la bienhechora faena.

Ahora vendría á propósito el retrato de los Holguines, pero don Hernando ha pintado tan de mano experta la imagen de su padre—el representante más conspicuo de su estirpe—que me dispensa de tratar con extensión el asunto. Sólo os recordaré que entre los hermanos de don Carlos varios han figurado con brillo en las vicisitudes de los últimos treinta años. No os hablaré de los que aún viven, porque uno de ellos acaso me esté oyendo, y de seguro me leerá; y ni quiero ofender su delicadeza ni podría hablar de él con imparcialidad, dados los amistosos lazos que nos unen. Voy tan sólo á recordar á un Holguín, muerto poco tiempo há, al pisar, después de largos años de ausencia, el suelo de la patria. Fue don Vicente poeta delicado é ingenioso y un improvisador en verso á la altura de Joaquín Pablo Posada ó César Conto. Ya que esta contestación

no me ha resultado discurso, sino parla familiar entre amigos, por lo cual os presento las más humildes excusas, permitidme que os cite una de las improvisaciones del señor Holguín. Acababan los literatos de aquella tertulia deliciosa que se llamó *El Mosaico* de dar á la estampa un libro pintoresco que apellidaron *Album*, lleno de los más graciosos disparates. Figura en él la copia de la copia de unas tijeras pintadas en las dos páginas precedentes. En mitad de la cena, Carrasquilla le dijo á Vicente Holguín:

Pagar por saber quisiera,  
Aun cuando estoy en la inopia,  
Si conoces tú la copia  
De la famosa tijera.

Y el otro contestó sin vacilar:

La vi tan á la ligera,  
Que me ha quedado el temor  
De que la que vi, señor,  
Aunque muy bien dibujada,  
Fue alguna copia copiada  
De algo otra copia anterior.

En don Hernando los dos elementos que componen su personalidad intelectual y moral no se han fundido y combinado dando principio á una nueva entidad con nuevas energías, sino que lo Holguín y lo Caro luchan en el alma de nuestro compañero como Esaú y Jacob en el seno materno. Libreme Dios de afirmar, con desdoro de las tomásticas doctrinas, que haya más de una alma en cada hombre; pero en sentido figurado, semejante al de San Pablo cuando habla de las dos leyes antagónicas que sentía dentro de sí, digo que en el señor Holguín y Caro hay como dos voluntades: una que lo lleva al bullicio, al trato de las gentes; otra que lo inclina á la soledad, á la vida en un ángulo de los lares con un libro y un amigo; una que le aconseja orillar los escollos y rodear antes que exponerse á naufragio inminente; otra que lo impulsa á superar de una vez el obstáculo ó rendir la vida en la de-

manda; flexible y delgada la una voluntad como hoja bien templada de acero toledano; rígida y ponderosa como la maza de Hércules la otra. De aquí que—según dicen los políticos—no sea fácil adivinar qué rumbo tomará el señor Holguín en determinada circunstancia, aun conocido el fin que se propone. Una cosa sí saben todos de antemano, y es que no traicionará jamás su conciencia de cristiano y de caballero.

Esta seguridad nace de las hondas é ilustradas creencias religiosas de don Hernando, nunca en contradicción con sus prácticas y costumbres; unidad moral que le ha granjeado desde niño no sólo la estima sino el respeto de propios y extraños.

He advertido que ahora, para juzgar á un hombre, después de narrar sus orígenes, es de rigor escudriñar cómo y dónde recibió la educación primera. No me mostraré rebelde á esta práctica, y os diré que, á mi ver, el señor Holguín se educó en el trato y conversación de sus dos familias, oyendo á las gentes letradas que departían con su padre y con su tío don Miguel Antonio; leyendo con inteligencia y atención libros muy bien escogidos y sabiamente comentados por los dos supradichos eminentes varones. Ciertamente don Hernando asistió á la escuela elemental, pasó por colegios de primera enseñanza, frecuentó los claustros del Rosario tras del título de bachiller en letras, y oyó las lecciones de la facultad de derecho hasta alcanzar la borla de doctor. Hizo muy bien, para dar ejemplo á los demás niños y mozos de su edad, y para adquirir credenciales ante el público, que no tiene razón de saber intimidades. Pero se me antoja que si Holguín se hubiera dispensado de toda matrícula escolar, lección en aula y exámenes finales, sabría exactamente lo mismo que ahora sabe. De poquísimos hombres podría decirse cosa semejante, porque no muchos son, con talento, y voluntad, hijos y sobrinos de un Holguín y de un Caro.

Nuestro compañero se estrenó como discípulo de las musas haciendo versos, y de tarde en tarde ha seguido pagando tributo á la poesía. Los versos del señor Holguín y Caro son buenos. No penséis que le tributo corto elogio con este calificativo. Por lo mismo que no pertenezco al gremio cuasi-divino de los poetas, no alcanzo á comprender y á sentir sino á los mayores; así como el extranjero á quien no era lícito penetrar en los dominios del señor feudal, no lograba divisar á lo lejos sino las torres almenadas del castillo. Vosotros, íntimos de Apolo, conocéis hasta los ángulos más ocultos é interesantes del palacio encantado; yo, profano en el arte seductor, no sé leer entre nuestros compatriotas, sino á Arboleda y los dos Caros, á Ortiz y á Belisario Peña, á Pombo y á Fallon, á Joaquín Pablo Posada y á Gregorio Gutiérrez González y unos pocos más que no enumero para evitar lo prolijo. Es verdad que las obras poéticas vuestras, señores y colegas, me son familiares, pero no os lo quiero decir, para no lastimar vuestra modestia.

Si en vez de hallarme en este recinto, entre los que acato como modelos y maestros, me encontrara en el aula del colegio del Rosario leyendo filosofía á mis discípulos, razonaría diciéndoles que un autor dueño de elevado entendimiento, imaginación riquísima, afectos encendidos; conocedor del idioma, perito en el arte de hablar, familiarizado con los grandes ejemplares de la lírica, no puede ser poeta malo, ni mediano.

No quedo satisfecho con el argumento anterior. Santo Tomás de Aquino, mi maestro, me ordena apelar siempre á la experiencia, antes que á la razón; á lo sensible, primero que á lo inteligible; á lo concreto, antes que á lo abstracto; á lo individual, antes que á lo universal. Entre vosotros, señores académicos, hay discípulos del doctor de Aquino, y no faltarán quizá seguidores de Bacón, adeptos de Herberto Spencer: nada tendrán ellos que oponer á la doctrina expuesta. No sé si entre mis respetados colegas

se hallará algún filósofo idealista, alumno de Platón, el divino; de Descartes, el portento de su siglo; de Kant, inventor de dos mundos, el de los númenos y el de los fenómenos; ó de Fichte, Schelling y Hegel, empeñados en pasar del orden ideal al real, ó viceversa. Si estuviere aquí, sabrá él, con benigna amplitud, propia de todo filósofo verdadero, disimularme que apele al argumento de experiencia, para probar que nuestro colega merece el título de poeta verdadero. Oíd estas estrofas del señor Holguín, inéditas hasta ahora, y juzgad vosotros, que sabéis y podéis hacerlo doctamente:

#### AL REGRESO A MI HOGAR.

Prendas idolatradas del alma mía,  
Mi corazón inunda tanto alborozo,  
Es tan grande mi dicha, que en mi alegría  
Desde el fondo del alma lloro de gozo.  
Alzad agradecidos al cielo santo,  
Las inocentes manos, las blancas preces,  
Porque EL piadoso trueca mi triste llanto,  
Por un llanto más dulce mil y mil veces.  
Casa noble y sencilla donde mi anhelo  
Entrevé de mi infancia los goces puros,  
De lágrimas regando tu humilde suelo,  
Tus columnas abrazo, beso tus muros.  
En ti por vez primera y en dulce instante  
Jesús piadoso vino de su hijo al pecho;  
En horas fortunadas mi madre amante  
A amarlo me enseñaba bajo tu techo.  
Casa que con tu sombra nos das abrigo  
Y en el alma despiertas mil emociones,  
Casa noble y sencilla, yo te bendigo...  
Bajen á ti del cielo las bendiciones.  
Padre que sin descanso, bueno, amoroso  
Por tus huérfanos vélas desde la altura,  
Mira cómo el instante más venturoso  
Es también el instante de la amargura.

Míra como al juntarnos sin tu presencia  
 Cuando á todos los tuyos la dicha embarga,  
 Es más honda en el alma tu triste ausencia,  
 La noche de tu ausencia más y más larga.

Padre que nos proteges piadoso y tierno,  
 Que hoy ves aquí mezclado dolor y encanto,  
 Présenta por nosotros hoy al Eterno  
 De gratitud la ofrenda, de amor el llanto.

La impresión que he leído en vuestros rostros me concede la razón; pero, para que veáis que soy imparcial, os confieso que si el señor Holguín no tuviera más credenciales que sus versos, no habría ingresado talvez en nuestra academia. El mérito mayor adquirido por él en varios años es el de publicista.

Nuestro colega, que, atendidas sus firmes creencias, su vida integérrima, su piedad profunda, hubiera podido ser sacerdote católico, si Dios lo hubiera llamado á dignidad tan excelsa, ha oficiado, sin desdoro de las cualidades apuntadas, en las aras de aquella divinidad terrestre, cruel y vengativa como la esposa de Júpiter, tan voluble y tan caprichosa como la que nació de las espumas del mar, temerosa como las Furias, cortadora de vidas como la tercera de las Parcas, llamada, no sé si por antífrasis, con el nombre de política. Que uno se interese por ella, que la tema, que espere sus favores, me lo explico, sin apelar á otro testimonio que al propio. Pero que un hombre cristiano, benévolo, justo, viva y respire sin ahogarse en aquel infierno de odios y contradicciones, no me cabe en la mente. Cierto es que tampoco concibo al pez, tan contento y satisfecho en el fondo del agua. Me aseguran los doctos que, si no hubiera política, no habría gobiernos, ni adelantarían las naciones, ni se cumpliría la evolución—desarrollo diría yo—del humano linaje. Así será, ya que lo dicen los sabios, y dado que así pasan las cosas, me alegro que intervengan en la política hombres tan de bien—en el sentido más amplio de la frase—como don Hernando Holguín y Caro.

Un amigo me interrogó, con ocasión del renacimiento de esta Academia, si para pertenecer á ella era preciso haber escrito un libro. Respondíle que nó; pero la pregunta me dio en qué pensar. ¿Qué es un libro? Una serie de páginas impresas, encuadernadas juntas. José Eusebio Caro no es autor de ningún libro, simplemente porque no dio á la estampa, en pliegos de tamaño igual y paginación seguida, sus brillantes estudios, sus poesías admirables. Rafael Pombo no ha querido coleccionar sus obras, no ha consentido en ser autor de libro. El señor Holguín y Caro tampoco; pero si sus artículos de periódico y de revista, sobre asuntos religiosos, sociales, políticos y económicos se reunieran, tendríamos no uno sino varios volúmenes, alhajas de literatura y monumentos de ciencia jurídica. Porque nuestro amigo no escribe por hacer ejercicio, ni siquiera por amor al arte; mueve la pluma en servicio de las ideas, que en él son fruto de honda convicción. Si se sujeta á las reglas de la lengua, á las leyes del buen gusto, lo hace por respeto á las verdades que inculca y al público á quien se dirige. Hay caballeros que se acicalan y afeitan y perfuman para llamar la atención y parecer elegantes; otros visten correctamente, sin acordarse de su persona, por honrar á las de su trato y amistad. Así acontece con las formas literarias, que son el vestido del pensamiento.

Después de haber brillado como escritor, se ha mostrado el señor Holguín, en los últimos años, bajo una nueva faz no inesperada. Al contrario, trabajo costaría pensar en un Holguín, y más si es Caro por añadidura, destituido del alto dón de la elocuencia. Y en don Hernando el orador ha superado al publicista, como el prosador aventajó al poeta. No busquemos los quilates de su palabra en los discursos escritos de antemano y leídos en sociedades de caridad, en fiestas académicas. Ya querríamos muchos tener semejante bagaje literario; pero con eso y todo, el orador de raza no se encumbra á las nubes, delan-



te de un escritorio, á solas, sentado con una pluma en la mano. Necesita el recinto público, la tribuna, el auditorio á quien pretende avasallar; le es preciso embriagarse con su propia voz, encenderse ante la admiración de los oyentes, adivinar en ellos el aplauso ó la censura, dominar las resistencias, persuadir ó hacer enmudecer al adversario. Y allí, al pensamiento y á la forma literaria se unen el acento, el ademán, el gesto, los movimientos del cuerpo, el fulgurar de la mirada. No hay arte superior á la elocuencia, ninguno que cumpla maravillas iguales, pero ninguno tan fugitivo y pasajero. "El orador y el auditorio, dice Lacordaire, son dos hermanos que nacen y mueren en un mismo día." Y añade, con tristeza: "Miserable suerte la del orador! Después de arrebatarse las multitudes, baja con ellas en silencio. En vano la posteridad se esfuerza por oírlo y por oír al pueblo que lo aplaude; entrambas voces se van desvaneciendo en el tiempo, como se desvanecen los sonidos en el espacio." Verdad amarga pero indudable. Nosotros no conocemos sino el cadáver embalsamado de la elocuencia de Marco Tulio; un retrato sin colores de los discursos de Mirabeau; un plano topográfico de las arengas populares de O'Connell.

Yo estoy hablando de la oratoria del señor Holguín en el parlamento, sin haberlo oído jamás. Pero me llegan diariamente las impresiones del público que asiste á las tribunas, las de los adversarios políticos del orador; los aplausos que arranca á sus más irreductibles contrarios, las ovaciones espontáneas que se le tributan. Sé distinguir el elogio razonado que se otorga por costumbre al que habla sin elocuencia, de la frase quizá sin sentido, pero palpitante de emoción, con que se da cuenta de un discurso que ha llegado al alma del oyente.

Actualmente lee el señor Holguín derecho constitucional en el colegio del Rosario. Sus conferencias, recogidas por los discípulos, forman tres abultados volúmenes. Legó soy en ciencias jurídicas, pero tengo para mí que si llegan

á publicarse, como se lo he rogado al autor, serán un monumento que honrará á Colombia, y llenarán un vacío en nuestras escuelas profesionales.

El señor Holguín y Caro anda hace meses, como Edipo, en busca de la solución de un enigma: por qué lo elegimos académico. Al oír estos mal hilvanados párrafos con que os he fatigado, va á quedarse más á oscuras que enantes, porque él no creará ni un ápice de lo que os he dicho. Poco importa que él no lo sepa: lo sabemos nosotros, que le dimos por unanimidad nuestros sufragios; lo sabe la nación entera, que lo respeta y lo admira.

Señor Holguín:

Recibid, en nombre de la Academia Colombiana, la insignia tradicional de nuestro glorioso instituto. Si vuestra modestia hace que os creáis indigno de esta medalla, aceptadla como una nueva hoja de laurel añadida á las coronas que ciñen las sienas gloriosas de Carlos Holguín y de José Eusebio Caro.

## Monografías históricas

LOS PRIMEROS CONQUISTADORES DE LOS INDIOS PIJAOS

### III

Entre los pocos soldados que sobrevivieron á la empresa de Lozano se encontraba un capitán llamado *Diego de Bocanegra*, el cual, viendo que todos los que trataban de vencer á los Pijaos salían con las manos en la cabeza, jurando no volver á buscar fortuna en aquellas montañas; viendo que ya nadie tenía ánimo para seguir en la empresa, resolvió acometerla él por su cuenta, creyendo que como conocía á fondo las costumbres y tretas de aquellos indios, le sería fácil establecerse entre ellos por medios suaves.